

tud fuera de sí mismo, y en los sujetos á quienes comunica sus dones. Porque segun la Escritura, el Espíritu Santo es en nosotros el principio inmediato y sustancial de todas las operaciones de la gracia. Por el Espíritu Santo somos reengendrados en el Bautismo: *Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto*¹. Por el Espíritu Santo nos reconciliamos con Dios en la Penitencia: *Accipite Spiritum Sanctum; quorum remiseritis peccata, remittuntur eis*². Por el Espíritu Santo oramos y pedimos; ó por mejor decir, él es el que en nosotros ora y pide con gemidos inefables: *Ipse enim Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus*³. Por el Espíritu Santo es por quien la caridad es derramada en nuestros corazones; y como segun la cualidad del Espíritu Santo es él en sí mismo la caridad subsistente, por quien el Padre y el Hijo se aman con un amor recíproco y eterno, así dicen los Padres que él es en lo interior de nuestras almas la caridad radical con que amamos á Dios, y de donde proceden todos aquellos santos deseos que formamos respecto de Dios: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis*⁴. Si alguna vez se nos ha revelado sensiblemente esta propiedad del Espíritu de Dios, es en el glorioso misterio de este día, en el cual vemos hombres, hablo de los Apóstoles, antes débiles, cobardes y tímidos, abrasados de repente por la virtud de este Espíritu divino con un celo ardiente, con un celo (no dejéis de atender á esto) que los hace hablar en el instante y declararse; con un celo que los determina á emprenderlo todo, y con un celo que los hace capaces de padecerlo todo por el nombre de Jesucristo. Estas tres disposiciones obró en ellos el Espíritu Santo con su presencia, y ellas manifiestan muy bien que es soberanamente y por excelencia el Espíritu de fortaleza, ó por mejor decir, la fortaleza misma. Os pido que atendáis un poco, que prontamente acabo.

19. Apenas los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo cuando empezaron á hablar y á manifestarse: *Repleti sunt Spiritu Sancto, et ceperunt loqui*⁵. Este fue el primer efecto de su celo. Pero ¿por quién se declararon, y por quién hablaron? Por Jesucristo, de quien desde entonces se consideraron embajadores destinados á manifestarle, y como testigos fieles. Avergonzados de no haberse atrevido hasta entonces á dar de él el testimonio que debían, confusos de no haber tenido valor para defender su causa y sostener sus intereses,

¹ Joan. III, 5. — ² Ibid. XX, 22, 23. — ³ Rom. VIII, 26. — ⁴ Ibid. V, 5. — ⁵ Act. II, 4.

indignados contra sí mismos de haberle deshonrado con una desercion y una fuga vergonzosa, y resueltos á reparar este escándalo con el fervor de su confesion y á costa de su vida, ¿qué hacen? Animados del nuevo Espíritu que acababa de bajar sobre ellos, y fortalecerlos, salen del cenáculo donde se habian escondido, se manifiestan en las plazas públicas, entran en las sinagogas, se presentan en los tribunales, y sin atender respetos humanos, protestan y aseguran que aquel hombre crucificado, y puesto por la injusticia de Pilatos en el número de los delincuentes, es el Mesías; que aquel Jesús de Nazaret es el ungido del Señor, y que Dios ha tenido cuidado de glorificarle con prodigios que exceden toda la virtud y fuerza de un hombre; que aquel justo entregado á la muerte es el Autor soberano de la vida, y que lo ha manifestado bien resucitándose á sí mismo; que ellos son testigos oculares y fidedignos de ello, y que no pueden resistir mas á la fuerza del Espíritu Santo, que se ha hecho dueño de sus corazones, y habla por su boca. En vano procuran hacerles callar, pues responden: Dios es el que nos manda publicar lo que hemos oido y visto, y es justo obedecer á Dios antes que á los hombres. En vano se les quiere pasar por insensatos, y por hombres tomados del vino; pues los reconviene san Pedro que si es embriaguez que se verifiquen los oráculos de los Profetas, pueden pensar de ellos cuanto quieran; pero que sepan á lo menos lo que el profeta Joel tiene profetizado, que Dios en los últimos tiempos derramará su Espíritu sobre toda carne; y esto es lo que en nosotros se verifica actualmente confesando á Jesucristo: y bien léjos de avergonzarnos de esta embriaguez, hacemos de ella una gloria. ¿Quién se explica y se declara de este modo, cristianos? ¿Son unos hombres llenos de celo? No, dice san Juan Crisóstomo, sino el celo mismo; y este es el Espíritu Santo, que se sirve de los hombres para hacer conocer á Jesucristo, para justificar su santidad, para establecer la fe de su divinidad, para confirmar sus milagros, para autorizar su doctrina, y para fundar su Iglesia y la Religion que ha traído al mundo. Este Espíritu, decia el Salvador, me glorificará con su venida: *Ille me clarificabit*¹. Y no sois vosotros, añadía á sus discípulos, los que hablaréis por mí, pues vuestro testimonio, aunque cierto, no tendrá toda la fuerza que se necesita; y así el Espíritu de vuestro Padre será el que hable en vosotros y por vosotros: *Non enim vos estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis*².

¹ Joan. XVI, 14. — ² Matth. X, 20.

20. No solamente hace el Espíritu Santo hablar á los Apóstoles; sino que con un milagro, el mayor que se ha visto, los hace emprender y ejecutar cosas tan superiores á las fuerzas humanas, que estamos obligados á exclamar: *Digitus Dei est hic*¹. El dedo de Dios es el que obra aquí. Escuchadme, y lo veréis. Estos eran unos pobres pescadores, sin talento, sin nombre, y unos hombres tenidos por el desecho y lo mas despreciable del mundo: *Tanquam purgamenta hujus mundi*²; pero poseidos de este Espíritu divino se proponen mudar y reformar el mundo. ¿Y por qué medios piensan conseguir un designio semejante? ¿Qué tesoros poseen? ¿Por qué consejos se gobiernan y obran? ¿De qué armas se valen? No tienen ellos, ó Dios mio, otras armas sino la fuerza de vuestro Espíritu con la que triunfan de todo. Y no es, cristianos, el triunfo que consiguen por la evidencia de los misterios que anuncian, pues antes son misterios incomprensibles; ni por la blandura y relajacion de la moral que predicán, pues es una moral que se opone, y combate todos los sentidos; ni por los artificios y encantos de una elocuencia estudiada, pues jamás han hecho otro estudio que el de su profesion. No obstante, todo se les rinde, ó por mejor decir, á la ley que publican, y ya sean sábios, ya ignorantes, ya sean pueblos cultos, ya naciones bárbaras, ya sean príncipes ó ya vasallos, ya sean grandes ó pequeños. Esta ley nueva pasa por su ministerio mas allá de los mares, penetra los lugares mas inaccesibles, se establece en las provincias, en los reinos y en los imperios; y ninguno de aquellos famosos conquistadores que la historia profana ha celebrado tanto, cuyos heróicos hechos tanto ha ensalzado, y cuyos nombres ha querido eternizar con magníficos elogios; ninguno con todo su poder, ni con sus preparativos, ni con sus mas fuertes ejércitos, ninguno ha podido, digo, extender sus conquistas, no solamente mas que ellos, pero ni aun tanto. No es esto decir que no hayan los Apóstoles tenido que sufrir muchas persecuciones y muchas contradicciones: pero ayudados de la gracia, y de la fortaleza del Espíritu Santo, resistieron á todo, y toleraron cuanto habia que padecer. Ellos despreciaban los tormentos y la muerte, se gloriaban con sus prisiones y cadenas; abrazaban sus cruces; sufrir, padecer y morir por Jesucristo eran las delicias de su corazón. Detengámonos aquí, y no entremos á examinar por menor este asunto, que seria muy dilatado. Estas son, amados oyentes míos, las excelentes y divinas operaciones del Espíritu de Dios, no sola-

¹ Exod. viii, 19. — ² I Cor. iv, 13.

mente en los primeros discípulos del Salvador, sino en todas las almas justas; y ved por donde podemos llegar á conocer si es este Espíritu el que nos anima, y si nos ha comunicado aquella fortaleza de que los Apóstoles se hallaron revestidos de repente.

21. Para reducir todo esto á la práctica es necesario haceros ver, que seria un error grosero creer que se ha recibido el Espíritu de Dios, y no atreverse á declarar por Dios; callar, cuando es necesario hablar; estar indiferente y sin accion, cuando es necesario obrar; y no querer exponerse á nada, cuando es necesario sacrificarse. Error grosero seria tambien creer haber recibido el Espíritu de Dios, y nada hacer por Dios, ser tibios en su servicio, no tener celo alguno por sus intereses, ni emprender cosa alguna por la gloria de Dios. Seria, finalmente, error grosero creer haber recibido el Espíritu de Dios, y no resolverse jamás á padecer nada por Dios; hallarlo todo difícil, y aun imposible, cuando hay que hacer algo por Dios, y no querer mortificarse, vencerse, ni violentarse por Dios. No, cristianos; no nos ceguemos hasta el extremo de llegar á creer esto, pues el Espíritu Santo es esencialmente fervor y amor, y el amor, dice san Gregorio Papa, obra cosas grandes en donde quiera que se halla; y si nada obra, es porque no hay tal amor: *Magna operatur amor ubi est; si magna non operatur, amor non est*. Hagamos, pues, segun nos conviene, lo que hicieron los Apóstoles. Si hemos recibido el don de Dios, y el Espíritu Santo como ellos, empecemos á hablar y á obrar como ellos: y cuando la Providencia lo disponga, estemos prontos á padecer como ellos. Como verdaderos discípulos del Salvador, confesemos altamente su nombre llenos de su Espíritu; no nos avergoncemos de su Evangelio; démosle en el mundo testimonios dignos de nuestra fe; declarémonos por él en las ocasiones que se presenten; no seamos cobardes, ni queramos complacer á los hombres cuando se trata la causa de Dios; no demos á la impiedad la gloria de que nos haga tímidos y mudos; antes confundámosla con una santa, aunque modesta, libertad, y aunque nos tengan por imprudentes, muchos otros discursos mas injuriosos se hicieron contra los Apóstoles, sin que su celo por eso se entibiase. No nos contentemos con hablar; trabajemos por Dios con ánimo y con resolucion; intereseémonos en todo lo que mira á su culto, á su Religion, á su ley y á su Iglesia. Segun la extension de nuestras facultades, y á proporcion de nuestros talentos y capacidad, formemos á gloria suya designios y empresas. No nos entibiemos por los obstáculos que para

ello habrá que vencer, pues el Espíritu de Dios nos dará fuerzas para vencer al mundo. En esto tendremos que experimentar contradicciones, que presentar combates, y puede ser que nos cueste persecuciones; pero ¿qué? Todo ello será para nosotros, como para los Apóstoles, un consuelo y un mérito. ¿En qué se conocerá que hemos recibido el Espíritu Santo, sino en la fortaleza que mostraremos en este género de pruebas?

22. *Adhuc loquente Petro... cecidit Spiritus Sanctus super omnes qui audiebant verbum*¹. Aun no había acabado de hablar san Pedro, dice san Lucas, bajó el Espíritu Santo sobre todos cuantos le escuchaban. ¡Que no pueda yo, amados oyentes míos, alcanzar para vosotros y para mí el mismo milagro! Haced, Señor, que lo que digo no sea solo un simple deseo. Bendecid mi palabra, ó por mejor decir, á la vuestra. Derramad sobre todo este auditorio la plenitud de vuestro Espíritu. Y Vos, Espíritu de mi Dios, principio de todas las gracias, y Autor de toda santidad, venid á ilustrarnos y á fortalecernos...

¹ Act. x, 44.

ASUNTOS

PARA LA FIESTA DE PENTECOSTES.

I. *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.* (Act. 11). El divino Paráclito fue un espíritu de santidad, que llenando de sí mismo á los Apóstoles, les hizo adquirir aquella pureza de costumbres que el espíritu del mundo había alterado. ¿Ha producido el Espíritu Santo igual efecto en nuestro interior? *Probate spiritus si ex Deo sunt.* Seremos llenos del Espíritu de Dios, si somos cual fueron los Apóstoles: seremos llenos del espíritu del mundo, si imitamos á los mundanos. En seguida se demostrará: 1.º cómo el Espíritu de Dios triunfa en los Apóstoles del espíritu del mundo; 2.º cómo el espíritu del mundo triunfa en los cristianos del mismo Espíritu de Dios.

II. En este día los Apóstoles se convirtieron en predicadores y doctores de la ley cristiana. Mas para predicar esta ley era menester practicarla y defenderla. Hasta el día de Pentecostes, los Apóstoles solo la habían practicado y defendido imperfectamente; pero desde entonces mostróse en ellos el doble efecto del espíritu de fortaleza de que fueron llenos, convirtiéndose en fieles observadores

y defensores celosos de la ley cristiana. — Observáronla fielmente á pesar de todas las aversiones de la naturaleza; lo cual debe animarnos á nosotros á practicarla con fidelidad. — Defendieronla con celo á despecho de todas las contradicciones del mundo; lo cual debe enseñarnos á defenderla generosamente con arreglo á nuestro estado.

III. La descension del Espíritu Santo á la tierra fue un nuevo beneficio, ó mejor, el complemento de todas las gracias de Dios. El Padre eterno, al formar el hombre, dióle la razon para conocer, el apetito para amar, y la libertad para obrar: el Hijo de Dios, reformando este mismo hombre, le dió la fe por guia de la razon, la caridad por moderadora del apetito, y la gracia por apoyo de la libertad; mas el Espíritu Santo, para acabar de perfeccionar la obra, añade: 1.º la inteligencia á la fe; 2.º el celo á la caridad; 3.º la fuerza á la gracia. — Para probar que el Espíritu Santo añade, al alma en que entra, la inteligencia á la fe, basta observar lo que eran los Apóstoles antes de la venida del propio Espíritu, y lo que fueron despues. No obstante la instruccion que por espacio de tres años habían recibido de Jesucristo, eran aun tan ignorantes, que poco ó nada entendian, así de las cosas tocantes al dogma, como de las que pertenecian á la moral: mas despues de la venida del Espíritu Santo, no solo abren los ojos al conocimiento de todas las verdades que habían aprendido, y las ven bajo su verdadero aspecto, sino que al mismo tiempo se persuaden de ellas y adquieren la aptitud necesaria para persuadirlas á los demás. — El que ama verdaderamente á Dios no desea sino que todo el mundo ame á Dios, y que Dios ame á todo el mundo. Verdad es que Pedro amaba á su Maestro, y que tambien le amaban los demás Apóstoles, pero ¿cuál era el celo del uno y de los otros? Parece que luego despues de la resurreccion de Jesucristo debieran haberlo hecho conocer y amar de todas las gentes; y sin embargo permanecieron ocultos hasta que, habiendo bajado el Espíritu Santo, y habiendo añadido el celo á la caridad de que estaban poseidos, salieron del cenáculo y fueron á difundir por toda la tierra el conocimiento del verdadero Dios, y á derramar aquel celeste fuego que se les había comunicado. — Para sosten de la libertad, debilitada por el pecado, el Redentor nos dió la gracia, que fortifica en nosotros el imperio de la razon contra la rebeldía de los apetitos y de la concupiscencia; y el Espíritu Santo vino á comunicarnos la fortaleza, que nos pone en un estado todavía mas favorable. Este efecto se prueba tambien con el